

Influencias modernistas en la crónica urbana de Arturo Ambrogi

Por *Álvaro Darío LARA**

Contexto histórico

LA OBRA LITERARIA del narrador salvadoreño Arturo Ambrogi (1875-1936) se inscribe fundamentalmente en esa transición compleja que significó el final del siglo XIX y los inicios del siglo XX. En el plano económico, social y político, la hasta entonces aparente sociedad postindependentista —donde el orden colonial aún no había desaparecido del todo en la práctica— comienza a transformarse aceleradamente de acuerdo con las exigencias del nuevo orden impuesto por la república cafetalera. Ésta nace respondiendo a las sempiternas características de una economía marcada hasta el tuétano por la dependencia hacia las economías del Primer Mundo. Las reformas liberales de 1881, particularmente la que por decreto expropia las tierras comunales y ejidales a los indígenas y campesinos en función del cultivo y ciclo cafetalero, acentuarán la ya deteriorada condición de los más humildes salvadoreños. La inmigración europea se hace sentir en las áreas del comercio, la banca y la inversión agrícola, dividiendo a la sociedad nacional en dos polos diametralmente opuestos: la gran oligarquía que se beneficia de la agroexportación, una burguesía muy compacta y reducida; y las clases populares compuestas por indígenas, indígenas desheredados, campesinos pobres y un incipiente sector obrero y artesanal.

En el plano estrictamente político se estilaban las más diversas formas de caudillaje tanto de tendencias conservadoras como liberales, que se alternan en el poder, sin efectos esenciales en la estructura vigente. Época en que se suceden los caudillos militares y civiles como los González, Zaldívar, Guirola, Figueroa, Menéndez, Ezeta, Gutiérrez, Regalado, Escalón; una cadena sucesiva apenas interrumpida por el gobierno de aspiraciones progresistas de Manuel Enrique Araujo, el presidente asesinado en 1913 en uno de los parques de la ciudad

* Académico y poeta salvadoreño. miembro del Consejo de Redacción de *Cultura*, revista del Consejo Nacional para la Cultura y el Arte, El Salvador; e-mail: <alvarodariorlara@yahoo.com>

capital, a los que tan afecto fue nuestro escritor Ambrogi. Luego la dictadura de Meléndez Quiñónez, el gobierno de intenciones menos dictatoriales de Pío Romero Bosque, la llegada al poder del ingeniero Arturo Araujo, que tanta simpatía y colaboración política recibió inicialmente del pensador y escritor Alberto Masferrer, para cerrar este periodo con el golpe de Estado a Araujo en diciembre de 1931, y el inicio de la feroz dictadura de Maximiliano Hernández Martínez que se prolongará hasta 1944.

Éste es el marco en que transcurre la existencia del escritor Arturo Ambrogi. Una sociedad altamente marcada por la exclusión, el autoritarismo y la visión europeizante de las clases hegemónicas.

En términos generales el sistema educativo es sumamente deficiente y la Universidad de El Salvador tiene apenas escasas décadas de haber sido fundada, ya que su creación se produce en 1841.

Del caudillaje civil y militar, más o menos alternativo en la figura de sus exponentes, la sociedad salvadoreña llega a una prolongada dictadura militar.

Aspecto biográfico

ARTURO AMBROGI fue hijo de un inmigrante italiano. Con tantino Ambrogi, que llegó a El Salvador en el siglo XIX y contrajo matrimonio con la salvadoreña Lucrecia Acosta.

Constantino Ambrogi ocupó posiciones políticas y económicas en la sociedad salvadoreña, se dedicó a la milicia —obtuvo el grado de general de división— y a las actividades agrícolas. Fue en esos viajes a las propiedades de su padre donde Arturo, escritor nato, tuvo contacto con la realidad rural salvadoreña.

Arturo Ambrogi escribió y publicó desde su temprana juventud, además integró círculos literarios y sociedades y tuvo a su cargo la coedición de revistas y periódicos literarios de la época, como *El Figaro*, *La Semana Literaria*, *La Pluma*, *La Quincena* y otros.

Viajó y ejerció el periodismo en América del Sur, principalmente en Argentina y Chile; y en Asia, África y Europa. Fue director de la Biblioteca Nacional de El Salvador y censor de prensa.

Con respecto a su personalidad se le recuerda por su temperamento irascible y desdenoso, dotado de particulares cualidades profesionales para la creación literaria y poseedor de una amplia cultura y fino gusto. Luis Gallegos Valdés anota sobre Ambrogi, refiriéndose a los viajes que realizó al exterior: “Después se volverá sedentario, amargado por la pequeñez aldeana, ante la que reacciona con mordacti-

dad”.¹ Ambrogi nunca se casó ni tuvo, al parecer, descendencia. Murió en 1936.

Entre sus obras, prácticamente narrativas todas, con excepción de algunas composiciones poéticas, mencionamos: *Bibelots* (1893), *Cuentos y fantasías* (1895), *Máscaras, manchas y sensaciones* (1901), *Al agua fuerte* (1901), *Sensaciones crepusculares* (1904), *Marginales de la vida* (1912), *El tiempo que pasa* (1913), *Sensaciones del Japón y de la China* (1915), *Crónicas marchitas* (1916), *El libro del trópico* (1918), *El Jetón* (1936) y la publicación posterior de algunas de sus crónicas y textos literarios bajo el título de *Muestra-rio* (1955).

Texto y contexto literario

EN la obra de Ambrogi pueden apreciarse claramente las influencias del naturalismo y el modernismo. El primero a lo largo de su expresión vernácula donde exhibe todas sus condiciones de maestría literaria al tomar el escenario “natural”, el paisaje desnudo, agreste, indómito y descarnado y matizarlo con todo el color y la paleta del con umado acuarelista. El escenario es la campiña salvadoreña, otrora caracterizada por abundante vegetación tropical y tierras dedicadas al cultivo de cereales, café, frutales y una apreciable ganadería. El lenguaje, la libertad lingüística en sus modalidades regionales, sólo es privativa de las circunstanciales intervenciones de los protagonistas, ya que Ambrogi es, ante todo, un narrador, un cronista, no un cuentista; todo lo demás está escrito en la corrección española, pero impregnado de un cromatismo, una musicalidad y esa textura de suave giro y flexibilidad idiomática que le proporciona su afrancesamiento. Cito un fragmento de su texto titulado “Las primeras lluvias de mayo”:

La primera lluvia de mayo ha caído esta tarde. Ha caído bruscamente, después de todo un día de calor exasperante. De pronto, el sol se ha ocultado, y el cielo, de un intenso añil, ha comenzado a descolorarse, a ponerse ceniciento, a ennegrecerse por último. Se ha cargado de nubes hollinosas que se amontonaban en el horizonte, en inmensos bloques. Ha comenzado el viento a sacudir los follajes, a levantar remolinos de polvo y a arrastrar avalanchas de hojas secas. La luz cobriza de los relámpagos ha hecho hendeduras profundas en el espacio grumoso. Y la lluvia ha principiado a caer. Han sido primeramente unos cuantos goterones los que, desprendién-

¹ Luis Gallegos Valdés, *Letras de Centroamérica*, El Salvador, Dirección de Publicaciones e Impresos del Ministerio de Educación, 1990, pp. 224

dose de lo alto, han comenzado a apedrar la tierra. En seguida, el goterío se ha tomado nutrido e insistente. La tierra se esponjaba, fruida; dilataba, ávida, sus poros, se hartaba de frescura. Ha llovido larga, interminablemente. Hasta bien entrada la noche ha estado diluviando. Y cuando los grifos celestes han dejado de derramarse, ha principiado a correr una brisa húmeda, impregnada del aroma de la tierra mojada y de las emanaciones de las hojas redivivas. El cielo, limpio de nubarrones, ha cobrado una diáfana pureza. Y entre la raigambre de viejos troncos, los grillos han principiado a estridular²

Como podemos apreciar, Ambrogi es el modernista para quien las sensaciones de la realidad, sobre todo del entorno natural y humano, son la materia prima para ir estructurando su obra.

Importante es el contexto nacional literario en que aparece la obra ambrogiana, sin lugar a dudas, precedida por una figura clave del modernismo centroamericano, el maestro salvadoreño Francisco Gavidia, quien comparte con Rubén Darío sus experimentaciones estilísticas sobre el alejandrino español. Sin embargo, más importante para Ambrogi será el parnaso americano, donde sobresalen las voces del ya mencionado Darío, José Martí, Enrique Gómez Carrillo, Leopoldo Lugones y otros; en el ámbito universal voces influyentes son Émile Zola, Hugo Wast, Gustave Flaubert, Théophile Gautier, Anatole France, Victor Hugo, Pierre Loti y Honoré de Balzac.

Escuchemos al propio Ambrogi referirse al respecto en un texto titulado “Modernistas americanos”, que integra su libro *Cuentos y fantasías*:

Los modernistas americanos aman con entusiasmo la novedad. Buscan cómo dar a sus páginas una nota atractiva y cautivante. Rie en ellas la frase picaruela, bulliciosa; el párrafo se desarrolla como una rica tela bordada [...] Hay, en ese breve cenáculo, algunas figuras de importancia que merecen ser bien conocidas. Puede formarse una magnífica galería, en que la pluma luzca sus perfiles de estilo. Corramos la cortina y veamos el fondo del salón. En torno a una mesase agrupan todos ellos. Preside el “rey”, el poderoso Rubén Darío, que ha sido ya juzgado ampliamente por verdaderas notabilidades. Hay vacío un lugar, el de Manuel Gutiérrez Nájera, que ha partido para el viaje eterno. José Martí vela desde el cielo por sus amados compañeros. Él es el iniciador del modernismo en América; él es el padre. Enrique Gómez Carrillo, descuello por su espíritu altamente reflexivo. Es el crítico del grupo. Ha sabido él, castellano neto, dar a sus páginas un elegante corte francés.³

² Arturo Ambrogi, “Las primeras lluvias de mayo”, en *El libro del trópico*, El Salvador, Dirección de Publicaciones e Impresos del Ministerio de Educación, 1973, pp. 315-316

³ Arturo Ambrogi, “Modernistas americanos”, en *Cuentos y fantasías*, El Salvador, Biblioteca El Fíguro/Imprenta Nacional, 1895, citado por Julio César Ávalos Vargas, *Arturo*

Ambrogi reconoce la corte modernista, no escapando a sus influencias, y a medida que pasa el tiempo y su pluma va profesionalizándose, se vuelve más controlado, más concentrado, sin que esto menoscabe su fina estampa. Es curioso cómo, refiriéndose a su colega cronista, el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, se retrata, en buena medida, a sí mismo.

La crónica urbana de Arturo Ambrogi

LA crónica modernista continuará en las líneas esenciales su clásico curso: narración hecha por un testigo presencial o de época, donde la minucia por el detalle, el deleite por el recuerdo abundante en descripciones imprime el talante que distingue al texto. Sin embargo, es en el plano de lo sensorial donde los modernistas se explayarán, dando cuenta de un mundo que está transformándose a pasos agigantados.

Arturo Ambrogi escribe una crónica de ambiente campestre; una crónica que traslada sus impresiones de personajes fuertemente telúricos, pero también de los grandes artistas, escritores y figuras públicas que conoce en sus viajes. Particularmente interesante resulta su crónica urbana, tanto nacional como cosmopolita, en la que rescata con singular destreza y talento la historia de los hechos cotidianos.

Para efectos de este análisis hemos escogido como *corpus* representativo cinco textos, seleccionados bajo el criterio del mundo ciudadano que presentan, éstos son: “Los últimos naranjos del Bolívar” (en *Marginales de la vida*), “El despertar en Kyoto” (en *Sensaciones del Japón y de la China*), “El despertar de la ciudad” (en *El libro del trópico*), “Los ruidos de San Salvador” (en *Muestrario*) y “La entrada triunfal”.

“Los últimos naranjos del Bolívar” constituye una breve crónica donde Ambrogi se conduce, con evidente enojo e indignación, por la tala de tres árboles de naranjo en el antiguo Parque Bolívar, actualmente Parque Barrios de San Salvador. Dice el autor:

Paseando ayer por la tarde por el Parque Bolívar, mis ojos se detuvieron, al acaso, en tres viejos árboles de naranjo, los tres únicos supervivientes de aquel copioso bosque de antaño (que fue atractivo de la capital) y que el mentiroso afán de progreso de un alcalde cretino echó un día por tierra

despiadadamente, para sustituirlos con los antiestéticos e inútiles árboles que hoy proporcionan exigua sombra, y en nada embellecen el desguarnecido paseo.⁴

“El despertar en Kyoto” narra en tierras asiáticas la ciudad que inicia el día:

Un tren, el “Express” Kobé-Osaka, silba largamente al entrar en agujas y el eco repercute en la Montaña, alterando el sueño de las vetustas divinidades acurrucadas en las capillas de sus templos. Casi al alcance de mi mano domino el arranque de Shingo-Machi, “la gran arteria de Kyoto”, recta, ancha, por la que veo deslizarse la nube de “kurumas” como escuadrones de zompopos; en la que las tiendas, las más grandes, las de más lujo, las más famosas de toda la ciudad, van, seguramente, abriéndose una tras otra; en la que la multitud se afana, se apretuja, transita sin estorbarse, sin codearse siquiera cambiando incesantes sonrisas y ceremoniosas reverencias.⁵

“El despertar de la ciudad”, crónica casi periodística, de frase corta y certera. Como en un guión cinematográfico, Ambrogi no pinta ahora, saca instantáneas que luego irán formando este cortometraje en blanco y negro que el tiempo implacable, ha vuelto sepia. Sigamos la ruta del mañanero Arturo que pasea por esa ciudad que era, en realidad, una aldea, como él la llama con un tanto de cariño y, acaso, quizá, otro tanto de reproche amoroso; a ratos condescendiente, a ratos airado, veamos:

Por la esquina del Fénix, el tranvía del Hospital se arrastra, tardo, sobre los rieles medio sepultos en el fango de la calle. Suena un timbre. El carro va casi vacío. Apenas, en un extremo, un estudiante, lee en un grueso libro forrado en un periódico. Frente al estudiante, una mujer, con su canasto sobre las rodillas, va, con dirección al Mercado. El tranvía se arrastra. Pasa frente a la Catedral. Pasa frente al Palacio Nacional, y va a perderse en el bulle-bulle del Mercado. A lo lejos se oye el timbre sordo, que va sonando, sonando, terca, pertinaz, pidiendo que le abra paso la humanidad. Me detengo en la esquina del Parque. La Universidad está cerrada. La ciencia bosteza aún, dentro del edificio de tablas. En el asta de la bandera, se ha detenido un pajarillo amarillo, un chío, que agita sus alas y esponja, al sol, el plumón. El ciprés de la Catedral, afila su aguja inmóvil, la que siempre está apuntando al cielo como un índice.⁶

⁴ Arturo Ambrogi, “Los últimos naranjos del Bolívar”, en *Marginales de la vida*, El Salvador. Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Educación, 1963, p. 211.

⁵ Arturo Ambrogi, “El despertar en Kyoto”, en *Sensaciones del Japón y de la China*, El Salvador, Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación, 1974, p. 77.

⁶ Ambrogi, “El despertar de la ciudad”, en *El libro del trópico* [n. 2], pp. 368-369.

Años después, el hombre ya maduro, el escritor experimentado en todas las lides de la expresión, no reconoce la ciudad antaño cantada con placidez, quedamente. Ahora se lamenta en “Ruidos de San Salvador”:

Así, ¡tal vez!, en la paz del Cementerio podamos disfrutar de ese inalterado reposo que nos niega la vida moderna que se gasta el San Salvador de ahora. Se acuesta uno temprano, renegando. Se acuesta con el desalado bocineo de los autos. Pasa el día entero con la misma musiquita aturdiéndole los oídos, quitándole la atención para realizar cualquier acto que la requiera. Y con el odioso ruido se acuesta y con el mismo odioso ruido se levanta. Y si sólo fueran los autos, las camionetas, los camiones, las motocicletas, toda la confabulación del estruendo mecánico, la que llenara de ruido el corazón de la ciudad.⁷

Nuestro literato añade más adelante con desesperación manifiesta:

Conforme el tiempo transcurre, surge un grito nuevo. Grita el sorbetero ambulante. Grita el del carretoncito de los frescos. Grita, y suena su triángulo de hierro, el del tubo de los barquillos. Grita el que expende dulces en su batea. Grita el que vende leche helada por vasos. Rayando el mediodía, los voceadores pregonan: ¡*La Prensa!* (que se está poniendo muy seria, muy sesuda. ¡Como que ya está entrando a vieja!...) Suenan los pitos de las fábricas. Suenan las campanas de las iglesias. Se lamenta largo, largo, una falaz sirena. Las oficinas vomitan turbas de empleados. Las calles se llenan del murmullo de una muchedumbre suelta, que camina presurosa, camino de sus casas.⁸

Finalmente en este recorrido por la crónica urbana de Ambrogi, llegamos a su excelente “Entrada triunfal”, donde el escritor desacraliza la idea de la patria criolla, republicana de nombre, la realidad popular toma por asalto su palabra, se instala a sus anchas, en esta joya de retrato decimonónico, imagen estupenda de las filas “gloriosas” de uno de los tantos caudillos salvadoreños, el general Francisco Menéndez, cuya entrada, “*triunfal*” (adjetivada con magistral ironía) en San Salvador, es consignada por Ambrogi, poniendo al descubierto lo que se encuentra oculto por los desgastados discursos nacionalistas y patrioterios. El escenario es la antigua Plaza de Armas, donde la muchedumbre, a escasa diversión real, gustaba abarrotarse para matar el tedio. Ese día entra a la capital el llamado ejército libertador, observemos:

⁷ Arturo Ambrogi, “Ruidos de San Salvador”, en *Muestrario*. El Salvador. Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Cultura, 1955, p. 40.

⁸ *Ibid.*, pp. 41-42.

En la Plaza de Armas estaba, en aquel entonces, el mercado. No se había edificado aún, en la Plazuela de Santa Lucía, el Mercado Central, y en la manzana en donde hoy está el Parque Dueñas, las vendedoras tenían instaladas, aglomeradas alrededor de la gran pila de mezcla, sus ramadas y sus velachos. Esa mañana no había habido “plaza”, y las vendedoras, endominadas, habían, desde muy temprano, embanderado y adornado de manera vistosa sus “puestos”. Colmada estaba ya. Como ella lo estaban los tres portales, y el del Cabildo, y todo el espacio descubierto del atrio de la entonces Catedral (hoy Iglesia del Rosario). De los portales y sus graderías, la gente desbordaba hasta el medio de la calle, invadiéndola. sobre aquella multitud flotaba un vaho denso, pesado, de rencidez de sudor, de pedo mal contenido, de tufarada de ropa sucia, de regüeldo apestoso, de emanación *pata shuca*, de estocada a sexo sin asear. Aquello asqueaba. Provocaba el vómito. Afluía, todavía más gente a la Plaza. Pero tenía que quedarse sin poder entrar a ella, taponeando las bocacalles. Rumor de marea subía de aquella enorme aglomeración. Parecía asistirse a una de aquellas “bajadas” del Salvador del Mundo, en la época de su mayor esplendor de la Feria de Agosto.⁹

Esta descripción acusa el sentido acre de Ambrogi, su agudeza crítica, que luego se vuelca en próximas páginas, describiendo al “ejército libertador”:

El Ejército Libertador avanzaba lento, tardo. Tal una inmensa boa que desenrollaba sus anillos, pesadote, erizado de puntas de bayonetas y de filos de dagas, que relucían al sol. Los soldaditos no marchaban ya: se arrastraban más bien, enlodados de pies a cabeza, derrengados por la fatiga, aturridos por los ardores del mediodía. Cada quien portaba su fusil como mejor le placía. En vano hubiera sido buscar en ellos la marcialidad lo que más impresionaba al público. Lo que más le conmovía. La gente del pueblo, al verles pasar, clamaba, compadecía, casi con lágrimas en la voz: —¡Véyanlos! Pobrecitos.

Y los soldaditos caminaban, caminaban, arrastrando los pies lodosos, lastimándose en las aristas rudas del empedrado, tropezando en los hoyos del piso disparejo. ¡Pobres soldaditos que nunca han sabido por qué los echan al pleito! ¡Por qué los mandan a que los maten, y por qué ellos matan a sus hermanos, que tampoco saben por qué pelean, por qué los matan y por qué matan a su vez, a quienes nunca les han hecho ningún mal, y que son tan infelices como ellos!¹⁰

⁹ “Entrada triunfal”, *La Prensa* (El Salvador), 22-06-1935, citado en *Homenaje a Francisco Menéndez*, Ahuachapán, El Salvador, Comité Pro Busto del General Menéndez/Talleres Gráficos Cisneros, 1942, pp. 39-40.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 41-42.

Análisis y conclusiones

ANALIZADA en su conjunto, la crónica urbana de Ambrogi tiene como elementos dignos a destacarse los siguientes:

- 1) Constituye un retrato, una descripción pormenorizada del entorno ciudadano, que en el caso de San Salvador y de la misma Kyoto, aún conservaban esa fisonomía más de aldeas que de verdaderas ciudades en el sentido occidental. Es un Ambrogi que se regodea estilísticamente.
- 2) Evidencia una sociedad de “antaño” como él mismo la denomina, caracterizada por la tranquilidad y la quietud, en contraposición con una ciudad de “hogaño”, descrita en sus últimas crónicas, donde impera el desorden, el caos, la insensibilidad ante el entorno natural, la contaminación. Ambrogi busca el medio literario como la “catarsis” necesaria para purificar, gracias a sus dotes de escritor, aquello que no puede ser resuelto en el orden de la realidad social.
- 3) Señala a través del dibujo, del trazo psicológico de sus personajes, la existencia de una sociedad polar: una burguesía y un poder indiferentes “al buen gusto”, y una masa pobre compuesta por campesinos indígenas y sectores marginales muy por debajo de lo que el escritor modernista entiende por “civilización”, esto es el orden, la salubridad, acaso la “superación” de las “desventajas” étnicas y del entorno. En este sentido, es sumamente revelador que al publicar su libro *Marginales de la vida* en 1912 (un título ya de por sí elocuente en esta línea), Ambrogi, siguiendo su tendencia de congraciarse con el poder en turno, dedique el volumen al presidente de la república, a la sazón, el doctor Manuel Enrique Araujo, asesinado tan sólo un año después, en 1913. Ambrogi elogia al mandatario progresista al tiempo que le hace saber su opinión sobre su estilo de gobierno y sobre la naturaleza de lo que él considera la realidad de estas sociedades. Dice don Arturo, en un fragmento:

Porque en el fondo, aunque parezca paradójico, es Ud., mi querido doctor, un soñador, un intenso soñador. Su labor política lo está probando. Ud., en un terreno ingrato, ha querido hacer fructificar las más bellas simientes de las modernas democracias: sus ensueños, apoyados en sólidos principios científicos, le llevan a la problemática implantación de la República Ideal. Perdone que se lo diga con franqueza: Ud. está conformado para otros países; su mentalidad, su patriotismo, su consagración desinteresada, merecerían en otra parte, la unánime gratitud, y que la envidia y la infamia, no pusieran en su vida, por nunca su gota de hiel!¹¹

¹¹ Con dedicatoria “Al señor doctor don Manuel Enrique Araujo, presidente de la República del Salvador”, en Ambrogi, *Marginales de la vida* [n. 4], pp. 19-10.

Ambrogi es escéptico con respecto a que una gestión progresista pueda tener futuro en una tierra a la que poco falta para calificarla de "bárbara". Los hechos de 1913 confirmarían, probablemente, el duro pragmatismo político de la coyuntura histórica en que Araujo se encontraba. Sin embargo, la actitud de Ambrogi en el plano social no es la de un luchador, un visionario o cosa que se le parezca, porque para él, la realidad humana, por lo menos en estos ámbitos, es ingrata; por ello, su mayor concentración vital está en la apuesta por la imperecedera palabra. Y ahí encontrará el autor su definitiva realización. Ambrogi no será un modernista con pasiones nacionales por el bien común, al estilo de Martí y de tantos otros escritores de la época. Para Ambrogi poco se puede hacer en un medio como el propio; pero como ya afirmábamos con anterioridad, donde si se entrega el escritor es en la pasión por la letra plena de sensaciones. Ésa será su incuestionable ruta y acierto.

4) Ambrogi escribe recreando en la mayoría de sus crónicas una relativa "estabilidad" que procede de la paz de los caudillos civiles y militares que padece la patria. Se fuga con incuestionable calidad literaria hacia el entorno campestre y embrionariamente ciudadano; hacia la seducción cosmopolita. Quizá sus grandes complementos literarios y humanistas, en la dimensión de la salvadoreñidad, vía la literatura, sean: el periodista y escritor Alberto Masferrer (1868-1932), gran luchador social, contemporáneo de Ambrogi; el humorista y crítico social José María Peralta Lagos (1873-1944) y el narrador y artista Salarrué (1899-1975), quien desvela un imaginario del hombre del agro, muy en contraposición humana al trato que Ambrogi concede a ciertos personajes campesinos de sus obras.

Hay que recordar que Ambrogi escribe desde una condición muy asumida, como hijo de padre extranjero, quien además es propietario agrícola, militar de alto rango y funcionario de gobierno. Su ideario político, marcadamente conservador, siempre estuvo al servicio de los gobiernos de turno como censor de prensa. Sin embargo, la cargante realidad salvadoreña hizo que aun bajo esa aparente "estabilidad" del medio que convierte en literatura, la sociedad desigual, autoritaria y excluyente se manifestara en sus páginas, a través de sus refinamientos estilísticos.

5) Ambrogi parece contradictorio por momentos: se entrega a la exaltación de las virtudes del pasado paradisiaco, que comienza a descongelarse frente a sus ojos; luego señala con dedo acusativo al presente anulador, pero se impresiona con los avances modernos en otras latitudes. Probablemente porque parte de la concepción "fatal" que —en

estos países— el ideal del llamado “progreso” es irrealizable. En ese sentido su pensamiento hace conexión con algunas tesis en boga en la época, que consideraban lo étnico como la rémora que impedía la llegada de la “civilización”.

6) La obra de Arturo Ambrogi tiene, en conclusión, mucho que entregarnos a los centroamericanos y latinoamericanos de este siglo XXI. Mucho porque es, desde el ámbito de la literatura, una hermosa crónica de gran calidad expresiva, de gran riqueza estilística, de gran factura artística; y desde el ámbito social, un dulce y cruel testimonio de la terrible realidad que los grupos hegemónicos nacionales e internacionales han venido articulando contra las mayorías oprimidas de nuestros pueblos.